

EL LIBRO DE LA NATURALEZA

(Capítulo 6, conducción del niño)

Una segura fuente de instrucción.

La naturaleza ha de ser nuestro gran libro de texto después de la Biblia (Testimonies, tomo 6, pág. 185).

Para el niño que aún no es capaz de aprender lo que se enseña por medio de la página impresa o de ser iniciado en la rutina del aula, la naturaleza presenta una fuente infalible de instrucción y deleite. El corazón que aún no ha sido endurecido por el contacto con el mal, es perspicaz para reconocer la Presencia que penetra todas las cosas creadas. El oído que no ha sido entorpecido por el vocerío del mundo, está atento a la Voz que habla por medio de las expresiones de la naturaleza. Y para los de más edad, que necesitan continuamente los silenciosos recordativos de lo espiritual y lo eterno, la enseñanza de la naturaleza no dejará de ser una fuente de placer e instrucción (La Educación, pág. 96).

Utilizada como libro de texto en el Edén.

Todo el mundo natural está destinado a ser intérprete de las cosas de Dios. Para Adán y Eva en su hogar del Edén, la naturaleza estaba llena del conocimiento de Dios, rebotante de la instrucción Divina. Para sus oídos atentos, hacía repercutir la voz de la sabiduría. La sabiduría hablaba al ojo y era recibida en el corazón; porque ellos comulgaban con Dios en sus obras creadas (Consejos para los Maestros, págs. 143, 144).

El libro de la naturaleza, al desplegar ante ellos sus lecciones vivas, les proporcionaba una fuente inagotable de instrucción y deleite. El nombre de Dios estaba escrito en cada hoja del bosque y en cada piedra de las montañas, en toda estrella brillante, en el mar, el cielo y la tierra. Los moradores del Edén trataban con la creación animada y inanimada; con las hojas, las flores, y los árboles, con toda criatura viviente, desde el leviatán de las aguas, hasta el átomo en el rayo del sol, y aprendían de ellos los secretos de su vida. La gloria de Dios en los cielos, los mundos innumerables con sus movimientos prefijados, "los equilibrios de las nubes" (Job 37: 16), los misterios de la luz y del sonido, del día y de la noche, todos eran temas de estudio para los alumnos de la primera escuela de la tierra (La Educación, pág. 18).

Nuevas lecciones desde la caída.

Aunque la tierra estaba marchitada por la maldición, la naturaleza debía seguir siendo el libro de texto del hombre. Ya no podía representar bondad solamente, porque el mal estaba presente en todas partes y arruinaba la tierra, el mar y el aire con su contacto contaminador. Donde antes había estado escrito únicamente el carácter de Dios, el conocimiento del bien, estaba también escrito ahora el carácter de Satanás, el conocimiento del mal. El hombre debía recibir continuamente de la naturaleza, que ahora revelaba el conocimiento del bien y del mal, amonestaciones referentes a los resultados del pecado (Id ., pág. 23).

La naturaleza ilustra las lecciones de la Biblia.

Los escritores de la Biblia hacen uso de muchas ilustraciones que ofrece la naturaleza, y si observamos las cosas del mundo natural, podremos comprender más plenamente, bajo la mano guiadora del Espíritu Santo, las lecciones de la Palabra de Dios (Id., pág. 115).

En el mundo natural, Dios ha puesto en las manos de los hijos de los hombres la llave que ha de abrir el alfolí de su Palabra. Lo invisible queda ilustrado por lo que se ve; la sabiduría divina, la verdad eterna y la gracia infinita se entienden por las cosas que Dios ha hecho (Consejos para los Maestros, pág. 145). 45

Debería animarse a los niños a buscar en la naturaleza los objetos que ilustran las enseñanzas bíblicas y rastrear en la Biblia los símiles sacados de la naturaleza. Deberían buscar, tanto en la naturaleza como en la Sagrada Escritura, todos los objetos que representan a Cristo, como también los que él empleó para ilustrar la verdad. Así pueden aprender a verle en el árbol y en la vid, en el lirio y en la rosa, en el sol y en la estrella. Pueden aprender a oír su voz en el canto de los pájaros, en el murmullo de los árboles, en el ruido del trueno y en la música del mar. Y cada objeto de la naturaleza les repetirá las preciosas lecciones del Creador.

Para los que así se familiaricen con Cristo, nunca jamás será la tierra un lugar solitario y desolado. Será para ellos la casa de su Padre, llena de la presencia de Aquel que una vez moró entre los hombres (La Educación, págs. 115, 116).

La Biblia interpreta los misterios de la naturaleza.

Sin embargo, hasta el niño, al ponerse en contacto con la naturaleza, hallará causas de perplejidad. No puede dejar de reconocer la actuación de fuerzas antagónicas. Es aquí donde la naturaleza necesita un intérprete. Al ver el mal manifiesto hasta en el mundo natural, todos tienen que aprender la misma triste lección: "Algún enemigo ha hecho esto" (Mat. 13: 28). Sólo se puede leer debidamente la enseñanza de la naturaleza, a la luz que procede del Calvario. Hágase ver por medio de la historia de Belén y de la cruz, cuán bueno es vencer el mal, y cómo constituye un don de la redención cada bendición que recibimos.

En la zarza y la espina, el abrojo y la cizaña, está representado el mal que marchita y desfigura. En el canto del pájaro y el pimpollo que se abre, en la lluvia, y la luz del sol, en la brisa estival y en el suave rocío, en diez mil objetos de la 46 naturaleza, desde el cedro del bosque hasta la violeta que florece a su pie, se ve el amor que restaura. Y la naturaleza nos habla todavía de la bondad de Dios (Id., pág. 97).

Lecciones en el aula ideal.

Así como los moradores del Edén aprendieron de las páginas de la naturaleza, así como Moisés percibió lo que Dios había escrito en los llanos y las montañas de Arabia, y el niño Jesús en los cerros de Nazarea, los niños de hoy día también pueden aprender del Creador. Lo visible ilustra lo invisible (Id., pág. 96).

Cultivad el amor a la naturaleza. Que la madre . . . encuentre tiempo para cultivar en ella misma y en sus hijos amor por las cosas hermosas de la naturaleza. Que les muestre las glorias extendidas en los cielos, los miles de formas de belleza que adornan la tierra, y que luego les hable acerca del que creó todas estas cosas. Así podrá conducir su tierna mente hacia su Creador, y despertar en su corazón reverencia y amor por el Dador de toda bendición. Los campos y las colinas -la cámara de audiencia de la naturaleza- deberían ser el aula para los niños. Sus tesoros deberían constituir su libro de texto. Las lecciones así impresas en su mente no se olvidarán fácilmente. . . Los padres pueden hacer mucho al relacionar a sus hijos con Dios animándolos a amar las cosas de la naturaleza que él les ha dado, y a reconocer la mano del Dador en todo lo que reciben. El suelo del corazón puede ser preparado así para recibir las preciosas semillas de la verdad, las cuales a su debido tiempo brotarán y llevarán una rica cosecha (Sigas Of. i.e. Times, 6-12-1877).

Unidos a los pájaros con cantos de alabanza.

Especialmente los niñitos debieran acercarse a la naturaleza. En vez de aherrojarlos con las modas, déjeselos libres como los corderitos, para que jueguen 47 bajo los dulces y alegres rayos solares.

Mostradles los arbustos y las flores, la humilde hierba y los altos árboles, y dejadlos familiarizarse con sus hermosas, múltiples y delicadas formas. Enseñadles a ver sabiduría y el amor de Dios en sus obras creadas; y mientras sus corazones se ensanchen de gozo y amor agradecido, dejadlos unirse a las aves en sus cantos de alabanza.

Educad a los niños y jóvenes a considerar las obras del gran Artífice y Maestro y a imitar las gracias atrayentes de la naturaleza en la edificación de su carácter. A medida que el amor de Dios conquiste sus corazones, dejadles impregnar sus vidas con la hermosura de la santidad. Así usarán sus capacidades para beneficiar a otros y para honrar a Dios (Consejos para los Maestros, pág. 145).

Buscad en la naturaleza al Dios de la naturaleza.

Los niños necesitan recibir lecciones que los fortalezcan para resistir el pecado. Señaladles en la naturaleza al Dios de la naturaleza, y así se familiarizarán con el Creador. ¿En qué forma mejor puedo enseñar a mis hijos a servir y glorificar a Dios? Debería ser la pregunta que ocupe la mente de los padres. Si todo el cielo se interesa en el bienestar de la humanidad, ¿no deberíamos ser diligentes en hacer lo mejor posible para el bien de nuestros hijos? (Manuscrito 29, 1886).

El estudio de la naturaleza fortalece la mente.

La gloria de Dios está desplegada en la obra de sus manos. Aquí hay misterios en cuya dilucidación se fortalecerá la mente. Las mentes que se han divertido con la lectura de obras de ficción y se han ocupado de ellas con exceso pueden encontrar en la naturaleza un libro abierto, y leer la verdad en las obras de Dios que las rodean. Todos pueden encontrar temas de estudio en la sencilla hoja de los árboles del bosque, en el pasto que cubre la tierra con 48 su aterciopelada alfombra verde, en las plantas y las flores, en los altos árboles

del bosque, en las elevadas montañas, en las rocas graníticas, en el océano inquieto, en las preciosas gemas de luz que tachonan los cielos para tornar hermosa la noche, en las inagotables riquezas de la luz solar, en las solemnes glorias de la luna, en el frío del invierno, en el calor del verano, en las estaciones cambiantes, en el perfecto orden y la armonía regidos por el poder infinito; aquí hay temas que demandan el pensamiento profundo, y la expansión de la imaginación.

Si los frívolos y los que buscan placeres espacian sus mentes en lo que es real y verdadero, el corazón no dejará de llenarse de reverencia, y adorarán al Dios de la naturaleza. La contemplación y el estudio del carácter de Dios como está revelado en sus obras creadas abrirá un campo de pensamiento que desviará la mente de las diversiones rastreras, degradantes y enervadoras. Únicamente en este mundo podemos comenzar a obtener el conocimiento de las obras de Dios y de sus caminos. Este estudio proseguirá a través de toda la eternidad. Dios proporciona al hombre motivos de pensamiento que pondrán en actividad todas las facultades de la mente. Podemos leer el carácter del Creador en los cielos que se extienden por arriba y en la tierra aquí abajo, llenando el corazón de gratitud y agradecimiento. Cada nervio y sentido responderá a las expresiones del amor de Dios manifestadas en sus maravillosas obras (Testimonies, tomo 4, pág. 581).

La naturaleza y la Biblia fueron los libros de texto de Jesús.

Se educó en las fuentes designadas por el Cielo, en el trabajo útil, en el estudio de las Escrituras, en la naturaleza y en las experiencias de la vida, en los libros de texto de Dios, llenos de enseñanza para todo aquel que recurre a ellos con 49 manos voluntarias, ojos abiertos y corazón dispuesto a entender (El Ministerio de Curación, pág. 311).

Su conocimiento íntimo de las Escrituras nos demuestra cuán diligentemente dedicó sus primeros años al estudio de la Palabra de Dios. Delante de él se extendía la gran biblioteca de las obras de Dios. El que había hecho todas las cosas, estudió las lecciones que su propia mano había escrito en la tierra, el mar y el cielo. Apartado de los caminos profanos del mundo, adquiría conocimiento científico de la naturaleza. Estudiaba la vida de las plantas, los animales y los hombres. Desde sus más tiernos años, fue dominado por un propósito: vivió para beneficiar a otros. Para ello, hallaba recursos en la naturaleza; al estudiar la vida de las plantas y de los animales concebía nuevas ideas de los medios y modos de realizarlo. . .

Así se revelaba a Jesús el significado de la Palabra y las obras de Dios, mientras trataba de comprender la razón de las cosas que veía. Le acompañaban los seres celestiales, y se gozaba cultivando santos pensamientos y comuniones. Desde el primer destello de la inteligencia, estuvo constantemente creciendo en gracia espiritual y conocimiento de la verdad. Todo niño puede aprender como Jesús. Mientras tratemos de familiarizarnos con nuestro Padre celestial mediante su Palabra, los ángeles se nos acercarán, nuestro intelecto se fortalecerá, nuestro carácter se elevará y refinará (El Deseado de Todas las Gentes, pág. 51).

Jesús la utilizó en su enseñanza.

El gran Maestro puso a sus oyentes en contacto con la naturaleza, para que oyesen la voz que habla en todas las cosas creadas, y a medida que sus corazones se hacían más sensibles y sus mentes más receptivas, les ayudaba a interpretar la enseñanza espiritual de las 50 escenas que contemplaban sus ojos. Las parábolas, por medio de las cuales le gustaba enseñar lecciones de verdad, muestran cuán abierto estaba su espíritu a las influencias de la naturaleza y cómo le agradaba sacar la enseñanza espiritual del ambiente en que transcurría la vida diaria.

Cristo se valía de las aves del cielo, los lirios del campo, el sembrador y la semilla, el pastor y las ovejas, para ilustrar verdades inmortales. También sacaba ilustraciones de los acontecimientos de la vida, de cosas familiares a sus oyentes, tales como la levadura, el tesoro escondido, la perla, la red del pescador, la moneda perdida, el hijo pródigo, las casas construidas en la arena y en la roca. En sus lecciones había algo para interesar a cada mente, e impresionar cada corazón. De ese modo la tarea diaria, en vez de ser una mera rutina de trabajo, exenta de pensamientos elevados, era animada por recuerdos constantes de lo espiritual y lo invisible.

Del mismo modo deberíamos enseñar nosotros. Aprendan los niños a ver en la naturaleza una expresión del amor y de la sabiduría de Dios; vincúlese el concepto del Creador al ave, la flor, y el árbol; lleguen todas las cosas visibles a ser para ellos intérpretes de lo invisible y todos los sucesos de la vida, medios de enseñanza divina.

Al mismo tiempo que aprenden así a estudiar lecciones que enseñan todas las cosas creadas y todas las circunstancias de la vida, muéstrese que las mismas leyes que rigen las cosas de la naturaleza y los sucesos de la vida, deben regirnos a nosotros; que son promulgadas para nuestro bien; y que únicamente obedeciéndolas podemos hallar felicidad y éxito verdaderos (La Educación, págs. 98, 99).